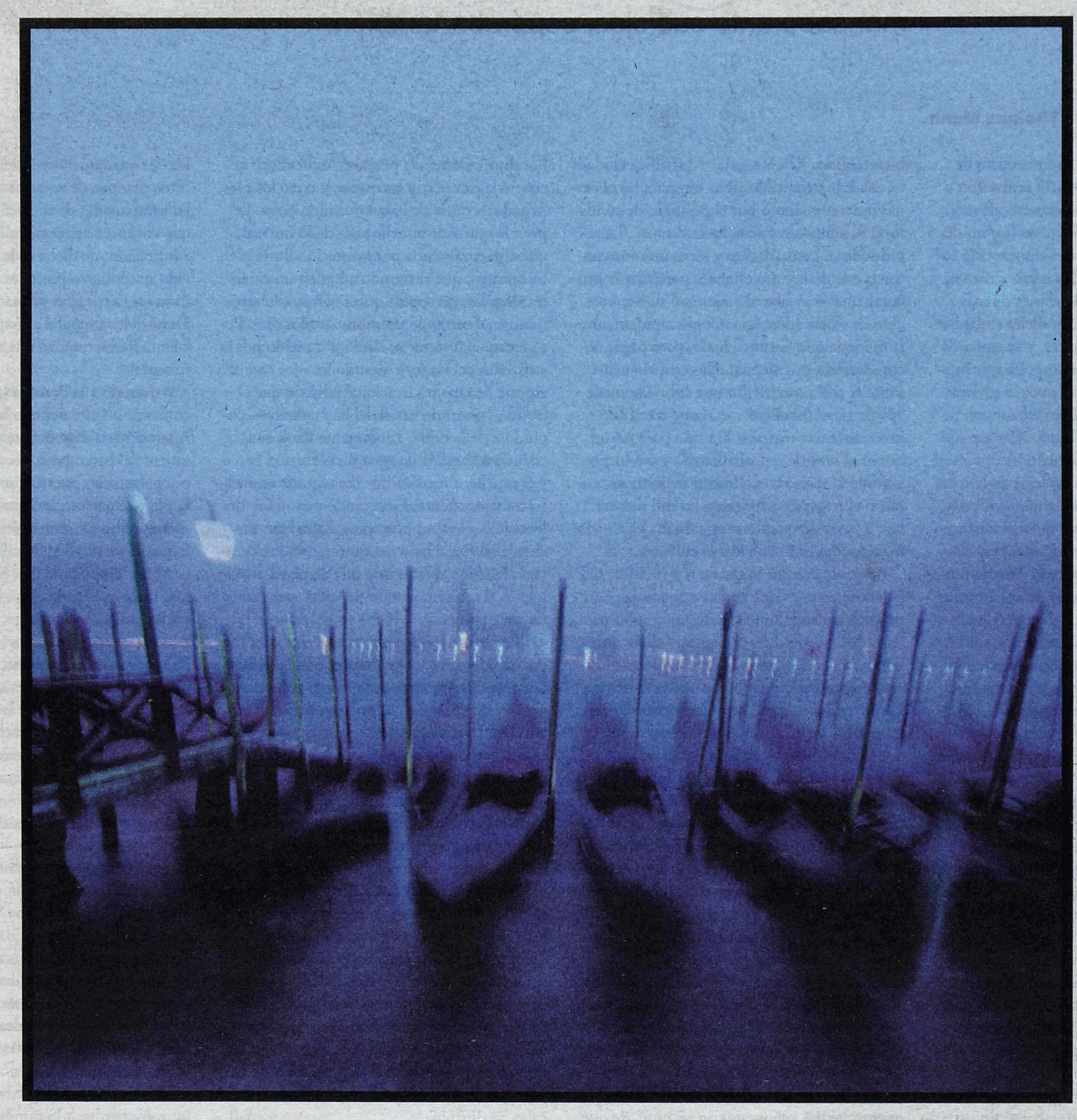
CANALES Y CREPUSCULO



Por Rodrigo Fresán

Pocas ciudades más aptas para escenario de una ficción que la república flotante y náufraga de Venecia. En Venecia –ciudad anfibia que derroca y altera y revoluciona las reglas básicas de todo asentamiento urbano– puede suceder cualquier cosa: romances renacentistas, historias de amor, intrigas tan sinuosas como sus callejuelas, todas ellas sostenidas por una suerte de crepúsculo perpetuo, una luz especial y un sonido líquido que nos recuerda constantemente que el hombre surgió de un caldo pesado como esa corriente lenta que se pasea sin prisa ni pausa por sus canales.

Puesto a recordar sin esfuerzo, Venecia se me aparece en varios sitios al mismo tiempo. En aquel relato terrible de Daphne Du Maurier –que nosotros conocimos en la pantalla de los cines como *Venecia rojo shocking*–, donde la muerte parecía haberse ido de vacaciones a sus góndolas y catedrales. En esa pesadillesca fantasía turística que es *El placer del viajero,* de Ian McEwan, donde la palabra "Venecia" no aparece en ninguna parte pero parece mirarnos desde todas y cada una de las oraciones. En esa carrera de ciclistas del futuro a través de canales secos y laberínticos que propone Steve Erickson en las últimas páginas de su *Days Between Stations.* En ese viaje relámpago de Proust, pero que nunca llega a realizarse en su *En busca del tiempo perdido.* En las aventuras del Corto Maltés, en tantos sitios de las bibliotecas que son, finalmente, parecidas a Venecia en su abigarrado caos de un mapa que sólo puede conocer aquel que vive allí.

Pero en pocos libros aparece tan clara y oscura esta ciudad –ya desde el mismísimo título– como en la novela breve o relato largo *Muerte en Venecia* (1913) del alemán Thomas Mann (1875-1955). Cabía esperar que Mann y Venecia hicieran buena pareja: uno de los más excelsos cronistas de la decadencia haciendo navegar la trama por la más excelsa y decadente de las ciudades. Ya se sabe: el respetado y célebre intelectual y cincuentón Gustav von Aschenbach llega a Venecia alentado por la visión furtiva de un extraño en el cementerio de Munich. Esta señal casi funeraria hace crecer en él la necesidad impostergable de viajar a un mundo extraño y nuevo. La misma noche de su llegada a Venecia contempla la belleza rubia del niño polaco Tadzio, que destruirá el orden de sus mañanas, alentará las pesadillas de sus noches y lo arrastrará a una muerte en el mediodía de una playa. En su libro *La verdad de las mentiras,* Mario Vargas Llosa apunta que en este drama personal se intuye el agujero negro de un agujero negro colectivo: "Porque hay, entre los resquicios de esta historia, un abismo que ella deja entrever y que inmediatamente identificamos con nosotros mismos y con el medio social en el que estamos inmersos".

Venecia, Venecia, Venecia: todos estuvimos allí.

La muerte en Venecia

Habían comenzado ya a servir la comida, pero los polacos continuaban en su mesita de mimbre. Aschenbach, cómodamente hundido en un sillón y con el hermoso mancebo ante sus ojos, esperaba también.

Por Thomas Mann

Decidido ya el viaje, compromisos de carácter social y literario retuvieron a Gustavo en Munich durante dos semanas después de aquel paseo. Al fin, un día dio orden de que se le tuviera dispuesta la casa de campo para dentro de cuatro semanas, y una noche, entre mediados y fines de mayo, tomó el tren para Trieste. En dicha ciudad se detuvo sólo veinticuatro horas, y se embarcó para Pola a la mañana siguiente. Lo que buscaba era un mundo exótico, que no tuviera relación alguna con el ambiente habitual, pero que no estuviese muy alejado. Por eso fijó su residencia en una isla del Adriático, famosa desde hacía años y situada no lejos de la costa de Istria. Habitaban la isla campesinos vestidos con andrajos chillones y que hablaban un idioma de sonidos extraños. Desde la orilla del mar se veían rocas hermosas. Pero la lluvia y el aire pesado, el hotel lleno de veraneantes de clase media austríaca y la falta de aquella sosegada convivencia con el mar, que sólo una playa suave y arenosa proporciona, le hicieron comprender que no había encontrado el lugar que buscaba. Sentía en su interior algo que lo impulsaba hacia lo desconocido. Por eso estudiaba mapas y guías, buscaba por todas partes, hasta que de pronto vio con claridad y evidencia lo que deseaba. Para encontrar rápidamente algo incomparable y de prestigio legendario, ¿adónde tenía que ir? La respuesta era ya fácil. Se había equivocado. ¿Qué hacía allí? Tenía que ir a otra parte. Se apresuró a abandonar su falsa residencia. Semana y media después de su llegada a la isla, en una alborada llena de húmeda niebla, un bote a motor le volvió rápidamente con su equipaje al puerto de guerra austríaco; saltó a tierra, y por una tabla subió inmediatamente a la húmeda cubierta de un pequeño vapor dispuesto para emprender el viaje a Venecia.

Era el barco una vieja cáscara de nuez, sucia y sombría, de nacionalidad italiana. En un camarote iluminado con luz artificial, al que Aschenbach se dirigió tan pronto hubo pisado el barco, acompañado de un marinero sucio y jorobado, que le abrumaba con sus cortesías rutinarias, estaba sentado tras una mesa, con un sombrero inclinado y una colilla de puro en la boca, un hombre de barba puntiaguda, con aspecto de director de circo a la antigua moda, que con los modales desenvueltos del profesional anotó los datos del viajero y le extendió el billete. "¿A Venecia?", dijo repitiendo la respuesta de Aschenbach, y extendiendo el brazo para mojar la pluma en el escaso contenido de un tintero ladeado: "A Venecia, primera clase. Muy bien, caballero". Escribió con grandes caracteres, echó arenilla azul de una caja sobre lo escrito, la vertió en un cacharro, dobló el papel con sus huesudos y amarillos dedos y se puso a escribir de nuevo murmurando al mismo tiempo: "Un viaje bien elegido. ¡Oh Venecia! ¡Magnífica ciudad! Ciudad de irresistible atracción para las personas ilustradas, tanto por el prestigio de su historia como por sus actuales encantos". La rapidez de su gesticulación y su monótona cantinela aturdían y molestaban; parecía que procuraba hacer vacilar al viajero en su resolución de viajar a Venecia. Cogió rápidamente la moneda que Gustavo le dio para pagar, y, con destreza de *croupier*, dejó caer el vuelto sobre el paño mugriento que cubría la mesa. "¡Feliz viaje, caballero! –exclamó haciendo una reverencia teatral–. Ha sido para mí un honor el servirle... ¡Caballeros!", gritó luego alzando la mano con ademán majestuoso, como si el negocio marchase a las mil maravillas, a pesar de que no se aguardaba ya a nadie más. Aschenbach volvió a la cubierta.

Apoyado con un brazo en la barandilla del barco, se puso a contemplar a la ociosa gente congregada en el muelle para mirar a los pasajeros de a bordo. Los de segunda clase, hombres y mujeres, acampaban en cubierta, utilizando como asientos cajas y bultos de ropa. Los de primera clase eran muchachos alegres, miembros de una sociedad de excursionistas, que se habían reunido para hacer un viaje a Italia y que debían ser dependientes de comercio de Pola. Se los veía satisfechos de sí mismos y de su empresa; charlaban, reían; gozaban con sus propios gestos y ocurrencias, y, apoyados en la barandilla, se burlaban a gritos de la gente que, con la cartera bajo el brazo iba entrando en los establecimientos de la calle del puerto, amenazando con sus bastoncitos a los ruidosos excursionistas.

Había un muchacho con un traje de verano amarillo claro, de corte anticuado, una corbata púrpura y un panamá con el ala medianamente levantada, que sobresalía de entre todos los demás por su voz chillona. Pero apenas Aschenbach lo hubo mirado con cierto detenimiento, se dio cuenta, no sin espanto, de que se trataba de un joven falsificado: era un viejo, sin duda alguna. Sus ojos y su boca aparecían circundados de profundas arrugas. El carmín mate de sus mejillas era pintura; el cabello negro que asomaba por debajo del sombrero de paja, aprisionado por una cinta de colores, una peluca; el cuello aparecía decaído y ajado; el enhiesto bigote y la perilla, teñidos; la dentadura amarillenta, postiza y barata, que mostraba al reírse, y sus manos, llenas de anillos, eran manos de viejo. Aschenbach sintió cierto estremecimiento al contemplarlo en comunidad con sus amigos. ¿No sabían, no notaban que era viejo, que no le correspondía llevar aquel traje tan claro?, ¿no veían que no era uno de los suyos? Se habría dicho que, por la fuerza de la costumbre, lo toleraban sin enterarse de su incompatibilidad, lo trataban como a un igual y respondían sin repugnancia a las palmadas afectuosas que les daba en el hombro. ¿Cómo era posible? Aschenbach se cubrió la frente con las manos y cerró los ojos, irritados a causa de haber dormido poco. Le parecía que todo aquello salía de lo normal, que comenzaba una transmutación ilusoria en torno suyo, que el mundo adquiría un carácter singular, que podía quizá volver a su aspecto normal cerrando un momento los ojos. Pero en aquel instante se sintió dominado por la sensación del vacío, y alzando los ojos con una especie de espanto irracional advirtió que el pesado y sombrío casco del barco estaba separándose de la orilla. Lentamente iba ensanchándose la estela de agua sucia entre el barco y el muelle, a medida que la máquina arrancaba trabajosamente. Ejecutando una maniobra lentísima, el vapor puso proa a alta mar. Aschenbach fue al lado del timón, donde el jorobado le había abierto una silla de playa. Allí lo saludó el capitán, vestido de levita, pero con un traje grasiento.

El cielo aparecía gris, y el aire estaba húmedo. El puerto y las islas habían quedado atrás, hasta que, de pronto, toda huella de tierra desapareció del neblinoso horizonte. Sobre la cubierta lavada, que no se acababa de secar, caía la carbonilla de la máquina. Al cabo de una hora empezó a llover. Extendieron una lona por encima de la cubierta.

Forrado en su abrigo, con un libro en el regazo, el viajero descansaba, mientras las horas transcurrían inadvertidamente. Cesó de llover y se retiró la lona de la cubierta. El horizonte se había despejado enteramente. Bajo la cúpula del cielo se extendía en torno al barco el disco inmenso del mar. En el espacio, vacío, sin solución de continuidad, faltaba también la medida del tiempo y se flotaba en el infinito. A manera de extrañas visiones, el viejo repugnante, la barba afilada del taquillero, desfilaban con gestos indecisos y palabras de ensueño ante el espíritu del viajero, hasta que, al cabo, se durmió.

Hacia mediodía, tuvo que bajar al comedor, situado en un pasillo, con puertas a los camarotes. Se sentó a la cabecera de la larga mesa. En la otra extremidad, los excursionistas, incluso el viejo, bebían alegremente con el capitán, desde las diez de la mañana. La comida resultó pobre y terminó rápidamente. Luego Aschenbach subió a cubierta para ver cómo estaba el cielo; quizá aclarara del lado de Venecia.

Había hecho esa suposición, pues la ciudad le recibía siempre con tiempo espléndido. Pero el cielo y el mar seguían turbios y grises. De cuando en cuando caía una lluvia neblinosa, y tuvo que aceptar la idea de encontrarse, llegando por ruta marina, con otra Venecia distinta de la que él había conocido cuando la visitó por tierra. Estaba apoyado en un mástil, con la mirada fija en lontananza, esperando ver tierra. Recordaba al poeta melancólico y entusiasta ante quien emergieron en otros tiempos de aquellas aguas las cúpulas y las campanadas de su sueño; repetía algo de lo que entonces había cristalizado en cántico de admiración, de dicha o de tristeza, y conmovido sin esfuerzo por tales sentimientos ahondaba en su corazón ya maduro, para ver si el Destino le reservaba aún nuevos entusiasmos y emociones, o quizá una tardía aventura sentimental.

Así surgió a la derecha la costa baja y el mar comenzó a animarse con botes de pescadores. Apareció la isla de Bader; al dejarla a la izquierda,el barco pasó, acortando la marcha, por el estrecho puerto que lleva el nombre de la isla y se paró en la laguna, frente a unas casuchas pobres y pintorescas, en espera de la falúa del servicio de Sanidad.

Al fin, después de una hora, apareció la falúa. Habían llegado, y no habían llegado; no tenían prisa. Sin embargo, los dominaba la más viva impaciencia. Los excursionistas de Pola se sintieron patriotas, excitados sin duda por las cornetas militares que sonaban por el lado del parque, y sobre cubierta, entusiasmados con el arte, daban vivas a los *bersaglieri* que hacían ejercicios. Pero era repugnante ver el estado en que su camaradería con la gente joven había puesto al lamentable anciano. Su viejo cerebro no había podido resistir, como en el caso de los jóvenes, los efectos del vino, y aparecía vergonzosamente borracho. Con una mirada estúpida y un pitillo entre los dedos temblorosos, vacilaba, conservando difícilmente el equilibrio. Como habría caído al primer paso, no se atrevía a moverse de su sitio; sin embargo, mostraba una excitación lamentable; asía de las solapas a todo el que se le aproximaba, tartamudeaba, gesticulaba, lanzaba risotadas, alzaba con ademán de necia burla su dedo índice, lleno de anillos, y de un modo equívoco, repugnante, se lamía los labios. Aschenbach lo miraba con sombrío entrecejo, mientras volvía a adueñarse de él la sensación de que el mundo mostraba una inclinación tentadora a deformarse en siluetas singulares y exóticas. Pero no pudo seguir examinando esa sensación, pues la maquinaria volvió a funcionar mientras el barco continuaba su interrumpido viaje por el canal de San Marcos.

Otra vez se presentaban ante su vista la magnífica perspectiva, la deslumbradora composición de fantásticos edificios que la república mostraba a los ojos asombrados de los navegantes que llegaban a la ciudad; la graciosa magnificencia del palacio y del Puente de los Suspiros, las columnas con santos y leones, la fachada pomposa del fantástico templo, la puerta y el gran reloj, y comprendió entonces que llegar por tierra a Venecia, bajando en la estación, era como entrar a un palacio por la escalera de servicio. Había que llegar, pues, en

La muerte en Venecia

Habían comenzado ya a servir la comida, pero los polacos continuaban en su mesita de mimbre. Aschenbach, cómodamente hundido en un sillón y con el hermoso mancebo ante sus ojos, esperaba también.

Por Thomas Mann

Decidido ya el viaje, compromisos de carácter social y literario retuvieron a Gustavo en Munich durante dos semanas después de aquel paseo. Al fin, un día dio orden de que se le tuviera dispuesta la casa de campo para dentro de cuatro semanas, y una noche, entre mediados y fines de mayo, tomó el tren para Trieste. En dicha ciudad se detuvo sólo veinticuatro horas, y se embarcó para Pola a la mañana siguiente. Lo que buscaba era un mundo exótico, que no tuviera relación alguna con el ambiente habitual, pero que no estuviese muy alejado. Por eso fijó su residencia en una isla del Adriático, famosa desde hacía años y situada no lejos de la costa de Istria. Habitaban la isla campesinos vestidos con andrajos chillones y que hablaban un idioma de sonidos extraños. Desde la orilla del mar se veían rocas hermosas. Pero la lluvia y el aire pesado, el hotel lleno de veraneantes de clase media austríaca y la falta de aquella sosegada convivencia con el mar, que sólo una playa suave y arenosa proporciona, le hicieron comprender que no había encontrado el lugar que buscaba. Sentía en su interior algo que lo impulsaba hacia lo desconocido. Por eso estudiaba mapas y guías, buscaba por todas partes, hasta que de pronto vio con claridad y evidencia lo que deseaba. Para encontrar rápidamente algo incomparable y de prestigio legendario, ¿adónde tenía que ir? La respuesta era ya fácil. Se había equivocado. ¿Qué hacía allí? Tenía que ir a otra parte. Se apresuró a abandonar su falsa residencia. Semana y media después de su llegada a la isla, en una alborada llena de húmeda niebla, un bote a motor le volvió rápidamente con su equipaje al puerto de guerra austríaco; saltó a tierra, y por una tabla subió inmediatamente a la húmeda cubierta de un pequeño vapor dispuesto para emprender el viaje a Venecia.

Era el barco una vieja cáscara de nuez, sucia y sombría, de nacionalidad italiana. En un camarote iluminado con luz artificial, al que Aschenbach se dirigió tan pronto hubo pisado el barco, acompañado de un marinero sucio y jorobado, que le abrumaba con sus cortesías rutinarias, estaba sentado tras una mesa, con un sombrero inclinado y una colilla de puro en la boca, un hombre de barba puntiaguda, con aspecto de director de circo a la antigua moda, que con los modales desenvueltos del profesional anotó los datos del viajero y le extendió el billete. "¿A Venecia?", dijo repitiendo la respuesta de Aschenbach, y extendiendo el brazo para mojar la pluma en el escaso contenido de un tintero ladeado: "A Venecia, primera clase. Muy bien, caballero". Escribió con grandes caracteres, echó arenilla azul de una caja sobre lo escrito, la vertió en un cacharro, dobló el papel con sus huesudos y amarillos dedos y se puso a escribir de nuevo murmurando al mismo tiempo: "Un viaje bien elegido. ¡Oh Venecia! ¡Magnífica ciudad! Ciudad de irresistible atracción para las personas ilustradas, tanto por el prestigio de su historia como por sus actuales encantos". La rapidez de su gesticulación y su monótona cantinela aturdían y molestaban; parecía que procuraba hacer vacilar al viajero en su resolución de viajar a Venecia. Cogió rápidamente la moneda que Gustavo le dio para pagar, y, con destreza de *croupier*, dejó caer el vuelto sobre el paño mugriento que cubría la mesa. "¡Feliz viaje, caballero! –exclamó haciendo una reverencia teatral–. Ha sido para mí un honor el servirle... ¡Caballeros!", gritó luego alzando la mano con ademán majestuoso, como si el negocio marchase a las mil maravillas, a pesar de que no se aguardaba ya a nadie más. Aschenbach volvió a la cubierta.

Apoyado con un brazo en la barandilla del barco, se puso a contemplar a la ociosa gente congregada en el muelle para mirar a los pasajeros de a bordo. Los de segunda clase, hombres y mujeres, acampaban en cubierta, utilizando como asientos cajas y bultos de ropa. Los de primera clase eran muchachos alegres, miembros de una sociedad de excursionistas, que se habían reunido para hacer un viaje a Italia y que debían ser dependientes de comercio de Pola. Se los veía satisfechos de sí mismos y de su empresa; charlaban, reían; gozaban con sus propios gestos y ocurrencias, y, apoyados en la barandilla, se burlaban a gritos de la gente que, con la cartera bajo el brazo iba entrando en los establecimientos de la calle del puerto, amenazando con sus bastoncitos a los ruidosos excursionistas.

Había un muchacho con un traje de verano amarillo claro, de corte anticuado, una corbata púrpura y un panamá con el ala medianamente levantada, que sobresalía de entre todos los demás por su voz chillona. Pero apenas Aschenbach lo hubo mirado con cierto detenimiento, se dio cuenta, no sin espanto, de que se trataba de un joven falsificado: era un viejo, sin duda alguna. Sus ojos y su boca aparecían circundados de profundas arrugas. El carmín mate de sus mejillas era pintura; el cabello negro que asomaba por debajo del sombrero de paja, aprisionado por una cinta de colores, una peluca; el cuello aparecía decaído y ajado; el enhiesto bigote y la perilla, teñidos; la dentadura amarillenta, postiza y barata, que mostraba al reírse, y sus manos, llenas de anillos, eran manos de viejo. Aschenbach sintió cierto estremecimiento al contemplarlo en comunidad con sus amigos. ¿No sabían, no notaban que era viejo, que no le correspondía llevar aquel traje tan claro?, ¿no veían que no era uno de los suyos? Se habría dicho que, por la fuerza de la costumbre, lo toleraban sin enterarse de su incompatibilidad, lo trataban como a un igual y respondían sin repugnancia a las palmadas afectuosas que les daba en el hombro. ¿Cómo era posible? Aschenbach se cubrió la frente con las manos y cerró los ojos, irritados a causa de haber dormido poco. Le parecía que todo aquello salía de lo normal, que comenzaba una transmutación ilusoria en torno suyo, que el mundo adquiría un carácter singular, que podía quizá volver a su aspecto normal cerrando un momento los ojos. Pero en aquel instante se sintió dominado por la sensación del vacío, y alzando los ojos con una especie de espanto irracional advirtió que el pesado y sombrío casco del barco estaba separándose de la orilla. Lentamente iba ensanchándose la estela de agua sucia entre el barco y el muelle, a medida que la máquina arrancaba trabajosamente. Ejecutando una maniobra lentísima, el vapor puso proa a alta mar. Aschenbach fue al lado del timón, donde el jorobado le había abierto una silla de playa. Allí lo saludó el capitán, vestido de levita, pero con un traje grasiento.

El cielo aparecía gris, y el aire estaba húmedo. El puerto y las islas habían quedado atrás, hasta que, de pronto, toda huella de tierra desapareció del neblinoso horizonte. Sobre la cubierta lavada, que no se acababa de secar, caía la carbonilla de la máquina. Al cabo de una hora empezó a llover. Extendieron una lona por encima de la cubierta.

Forrado en su abrigo, con un libro en el regazo, el viajero descansaba, mientras las horas transcurrían inadvertidamente. Cesó de llover y se retiró la lona de la cubierta. El horizonte se había despejado enteramente. Bajo la cúpula del cielo se extendía en torno al barco el disco inmenso del mar. En el espacio, vacío, sin solución de continuidad, faltaba también la medida del tiempo y se flotaba en el infinito. A manera de extrañas visiones, el viejo repugnante, la barba afilada del taquillero, desfilaban con gestos indecisos y palabras de ensueño ante el espíritu del viajero, hasta que, al cabo, se durmió.

Hacia mediodía, tuvo que bajar al comedor, situado en un pasillo, con puertas a los camarotes. Se sentó a la cabecera de la larga mesa. En la otra extremidad, los excursionistas, incluso el viejo, bebían alegremente con el capitán, desde las diez de la mañana. La comida resultó pobre y terminó rápidamente. Luego Aschenbach subió a cubierta para ver cómo estaba el cielo; quizá aclarara del lado de Venecia.

Había hecho esa suposición, pues la ciudad le recibía siempre con tiempo espléndido. Pero el cielo y el mar seguían turbios y grises. De cuando en cuando caía una lluvia neblinosa, y tuvo que aceptar la idea de encontrarse, llegando por ruta marina, con otra Venecia distinta de la que él había conocido cuando la visitó por tierra. Estaba apoyado en un mástil, con la mirada fija en lontananza, esperando ver tierra. Recordaba al poeta melancólico y entusiasta ante quien emergieron en otros tiempos de aquellas aguas las cúpulas y las campanadas de su sueño; repetía algo de lo que entonces había cristalizado en cántico de admiración, de dicha o de tristeza, y conmovido sin esfuerzo por tales sentimientos ahondaba en su corazón ya maduro, para ver si el Destino le reservaba aún nuevos entusiasmos y emociones, o quizá una tardía aventura sentimental.

Así surgió a la derecha la costa baja y el mar comenzó a animarse con botes de pescadores. Apareció la isla de Bader; al dejarla a la izquierda,el barco pasó, acortando la marcha, por el estrecho puerto que lleva el nombre de la isla y se paró en la laguna, frente a unas casuchas pobres y pintorescas, en espera de la falúa del servicio de Sanidad.

Al fin, después de una hora, apareció la falúa. Habían llegado, y no habían llegado; no tenían prisa. Sin embargo, los dominaba la más viva impaciencia. Los excursionistas de Pola se sintieron patriotas, excitados sin duda por las cornetas militares que sonaban por el lado del parque, y sobre cubierta, entusiasmados con el arte, daban vivas a los *bersaglieri* que hacían ejercicios. Pero era repugnante ver el estado en que su camaradería con la gente joven había puesto al lamentable anciano. Su viejo cerebro no había podido resistir, como en el caso de los jóvenes, los efectos del vino, y aparecía vergonzosamente borracho. Con una mirada estúpida y un pitillo entre los dedos temblorosos, vacilaba, conservando difícilmente el equilibrio. Como habría caído al primer paso, no se atrevía a moverse de su sitio; sin embargo, mostraba una excitación lamentable; asía de las solapas a todo el que se le aproximaba, tartamudeaba, gesticulaba, lanzaba risotadas, alzaba con ademán de necia burla su dedo índice, lleno de anillos, y de un modo equívoco, repugnante, se lamía los labios. Aschenbach lo miraba con sombrío entrecejo, mientras volvía a adueñarse de él la sensación de que el mundo mostraba una inclinación tentadora a deformarse en siluetas singulares y exóticas. Pero no pudo seguir examinando esa sensación, pues la maquinaria volvió a funcionar mientras el barco continuaba su interrumpido viaje por el canal de San Marcos.

Otra vez se presentaban ante su vista la magnífica perspectiva, la deslumbradora composición de fantásticos edificios que la república mostraba a los ojos asombrados de los navegantes que llegaban a la ciudad; la graciosa magnificencia del palacio y del Puente de los Suspiros, las columnas con santos y leones, la fachada pomposa del fantástico templo, la puerta y el gran reloj, y comprendió entonces que llegar por tierra a Venecia, bajando en la estación, era como entrar a un palacio por la escalera de servicio. Había que llegar, pues, en barco a la más inverosímil de las ciudades.

Paró la maquinaria, comenzaron a aproximarse las góndolas; se descolgó la escalerilla y subieron a bordo los empleados de la Aduana a desempeñar su cometido; los pasajeros podían desembarcar. Aschenbach dio a entender que deseaba una góndola para trasladarse junto con su equipaje a la estación de los vaporcitos que circulan entre la ciudad y el Lido, pues pensaba tomar una habitación a orillas del mar. Poco después, su deseo se difundió a gritos por la superficie de la laguna, donde los gondoleros reñían con otros en su dialecto. No podía descender todavía porque estaban bajando su baúl con gran trabajo. Por eso durante unos minutos se vio expuesto, sin escape posible, a la solicitud del repugnante viejo, a quien la borrachera impulsaba a rendir al extranjero los honores de la despedida. "Le deseamos una agradable temporada", tartamudeaba entre tumbos. "Tendremos muy presente su recuerdo. *Au revoir, excusez y bonjour*, Excelencia." La boca se le llenó de agua, guiñó los ojos y sacó la lengua con gesto equívoco. "Nuestros respetos –continuó en la misma forma–, nuestros respetos al pasajero simpático..." De pronto se le fue la dentadura postiza. Aschenbach logró al fin escabullirse... "Al hombre simpático", oía decir a sus espaldas, mientras descendía por la escalera, asido a la cuerda.

¿Quién no experimenta cierto estremecimiento, quién no tiene que luchar contra una secreta opresión al entrar por primera vez, o tras larga ausencia, en una góndola veneciana? La extraña embarcación, que ha llegado hasta nosotros invariable desde una época de romanticismo y de poema, negra, con una negrura que sólo poseen los ataúdes, evoca aventuras silenciosas y arriesgadas, la noche sombría, el ataúd y el último viaje silencioso. ¿Y se ha notado que el amplio sillón barnizado de negro es el más blando, más cómodo, más agradable del mundo? Aschenbach se dio cuentade ello cuando se sentó a los pies del gondolero, junto a su equipaje reunido. Los remeros seguían riñiendo rudamente en su dialecto incomprensible, y con gestos amenazadores. Pero el silencio peculiar de la ciudad parecía absorber blandamente sus voces, apaciguándolas y deshaciéndolas en el agua. En el puerto hacía calor. Recibiendo el soplo tibio del siroco, recostado sobre los blandos almohadones, el viajero cerró los ojos para gozar de una languidez tan dulce como desacostumbrada que empezaba a dominarlo. "La travesía será corta –pensaba–. ¡Ojalá durase siempre!" Lentamente, con suave balanceo, iba sustrayéndose al ruido, a la algarabía de las voces.

El silencio se hacía más profundo a medida que avanzaba. No se oían sino el chasquido de los remos en el agua, el ruido sordo de las olas contra la embarcación, que se alzaba negra y alta como una nave guerrera, y la voz del gondolero, que murmuraba sordamente con sonidos acentuados por el movimiento rítmico del cuerpo. Aschenbach alzó la vista, y con ligera extrañeza advirtió que la laguna se ampliaba y que la embarcación tomaba rumbo hacia alta mar. Al parecer, no podía entregarse plenamente al descanso, sino que tenía que velar por la ejecución de su voluntad.

–Al embarcadero de vapores –dijo, volviéndose a medias.

El murmullo del marinero cesó; pero no hubo contestación alguna.

–¡Digo que al embarcadero de vapores! –repitió, volviéndose del todo y llevando la vista al rostro del gondolero, que, erguido detrás de él, destacaba su silueta sobre el fondo gris del cielo.

Era un hombre de fisonomía desagradable y hasta brutal, con traje azul de marinero, faja amarilla a la cintura y sombrero de paja deformada, cuyo tejido comenzaba a deshacerse, graciosamente ladeado. Sus facciones, su bigote rubio, retorcido, bajo la nariz corta y respingona, hacían que no pareciese italiano. Aunque de tan escasa corpulencia que no se le hubiera creído apto para su oficio, manejaba con gran vigor los remos, poniendo todo el cuerpo en cada golpe. Por dos veces el esfuerzo hizo que se contrajesen sus labios, descubriendo los blancos dientes. Con las rojizas cejas fruncidas, miró por encima del pasajero, mientras le replicaba en forma decidida y hasta brutal:

–¡Pero usted va al Lido!

Aschenbach replicó:

–Sí. Pero sólo he tomado la góndola para que me llevase hasta San Marcos. Quiero utilizar el barquito.

–No puede usted utilizar el barquito, caballero.

–¿Por que no?

–Porque no se admiten equipajes.

Eso era exacto. Lo recordaba ya Aschenbach, pero calló un momento. Las maneras rudas y groseras del hombre le parecieron insoportables. Por eso replicó:

–Esa es cuestión mía. Dejaré mi equipaje en custodia; regrese.

Hubo un silencio. Según el chasquido de los remos y el ruido sordo del agua que azotaba la embarcación. El gondolero comenzó a hablar consigo mismo.

¿Qué haría? A solas en el agua con aquel hombre tan poco tratable y tan rudamente decidido, no encontraba medio alguno para imponer su voluntad. Además, ¿para qué irritarse en vez de seguir indolentemente recostado en la blandura de los almohadones? ¿No había deseado que la travesía durara largo tiempo, que no acabara nunca? Lo más importante, sobre todo, lo más agradablemente delicioso, era dejar que las cosas siguieran su curso. De su asiento, de su sillón, forrado de negro, parecía desprenderse un vaho de indolencia irresistible, y era una delicia inefable sentirse así suavemente arrullado por los remos del terco gondolero que tenía a sus espaldas. La idea de haber caído en manos de un criminal cruzó vagamente por la imaginación de Aschenbach, sin que sus pensamientos se inquietasen en gesto defensivo. Más desagradable le parecía la posibilidad de ser víctima de una estafa vulgar, de que todo aquello sólo se encaminase a sacarle más dinero. Una especie de sentimiento del deber, o de orgullo, un deseo de prevenirse, lograron hacerle saltar.

–¿Cuánto cobra usted por el viaje?

El gondolero, mirando hacia lo alto, respondió:

–Tendrá usted que pagar lo que cuesta.

El deseo de estafarle era evidente. Aschenbach dijo de un modo maquinal:

–No pagaré nada, absolutamente nada, si no me lleva al sitio que le indiqué.

–Usted quiere ir al Lido.

–Pero no con usted.

–No tiene nada de qué quejarse.

"Es cierto –pensó Aschenbach, y se calmó–. Me llevas bien. Aunque hayas pensado sólo en mi dinero y aunque me des con un remo en la cabeza, me habrás llevado bien."

Pero no aconteció nada de eso. Tuvieron incluso compañía: un bote con músicos ambulantes, hombres y mujeres que cantaban acompañados de guitarras y mandolinas y que iban al lado de la góndola, rompiendo el silencio que reinaba en la superficie del agua con canciones de una poesía para uso de turistas que les producía buenas ganancias. Aschenbach arrojó unas monedas en el sombrero que le presentaba, hecho lo cual los cantores callaron y desaparecieron. Volvió a oírse el murmullo del gondolero, que hablaba, con frases sordas y entrecortadas, consigo mismo.

Llegaron, al fin, en el instante en que salía un vapor con rumbo a la ciudad. Dos guardias municipales paseaban por la orilla, con las manos a la espalda y el rostro vuelto hacia la laguna. Aschenbach saltó de la góndola apoyándose en aquel viejo que se encuentra, en todos los embarcaderos de Venecia, con su gancho. Luego, al ver que no tenía monedas pequeñas, fue a cambiar a un hotel próximo a fin de arreglar su cuenta con el gondolero. Le cambiaron en la caja, volvió, encontró su equipaje en el muelle, sobre un carrito; pero góndola y gondolero habían desaparecido.

–Tuvo que marcharse –dijo el viejo del gancho–. Es un mal hombre, un hombre sin licencia, señor. Es el único gondolero que no tiene licencia. Los otros telefonearon aquí. El vio que le estaban aguardando, y ha tenido que irse.

Aschenbach se encogió de hombros.

–El señor ha hecho el viaje gratis –dijo el viejo tendiéndole el sombrero.

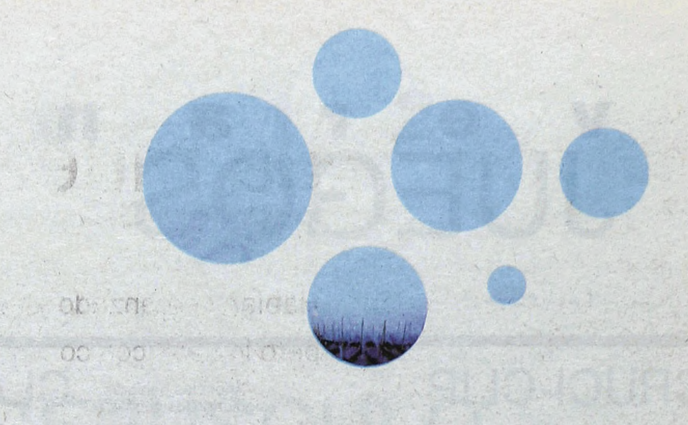
Aschenbach le echó unas monedas, luego le dio orden de que condujera su equipaje al Hotel Bader y siguió al carrito a lo largo de la brillante avenida de cafés, bazares, flores, hoteles, que atraviesa la isla en diagonal hasta la playa.

Entró en el espacioso hotel por la parte de atrás, atravesando la terraza del jardín, y llegó a las oficinas por el pasadizo del vestíbulo. Como había anunciado su llegada, le recibieron con gran amabilidad. Un *maître*, hombre pequeñito que se deslizaba silenciosamente con finura servil, de bigote negro y levita de corte francés, lo acompañó en el ascensor hasta el segundo piso y le mostró su cuarto: una habitación agradable, con el mobiliario de madera de cerezo, con un ramo de flores olorosas sobre una mesilla, y desde cuyas altas ventanas se podía disfrutar de la visión del mar abierto. Cuando se retiró el empleado, Aschenbach se asomó a una de las ventanas, y mientras le llevaban el equipaje y lo acomodaban en la habitación, se puso a contemplar la playa, que a aquella hora estaba casi desierta, y el mar sin sol. Había pleamar. Las olas, bajas y lentas, morían en la orilla con acompasado movimiento.

Los sentimientos y observaciones del hombre solitario son al mismo tiempo más confusos y más intensos que los de la gente sociable; sus pensamientos son más graves, más extraños y siempre tienen un matiz de tristeza. Imágenes y sensaciones que se esfumarían fácilmente con una mirada, con una risa, un cambio de opiniones, se aferran fuertemente en el ánimo del solitario, se ahondan en el silencio y se convierten en acontecimientos, aventuras, sentimientos importantes. La soledad engendra lo original, lo atrevido, y lo extraordinariamente bello, la poesía. Pero engendra también lo desagradable, lo inoportuno, absurdo e inadecuado.

De esta manera, el ánimo del viajero se sentía todavía inquieto con las impresiones de la travesía, el repulsivo viejo verde con sus gestos equívocos, el gondolero brutal que se había quedado sin su dinero. Todos estos hechos, sin ofrecer dificultades al entendimiento ni constituir materia de cavilación, le parecían de naturaleza extraña. Las contradicciones que tales hechos envolvían lo intranquilizaron. Sin embargo, saludó al mar con los ojos, y su corazón se llenó de alegría al contemplarse tan cerca de Venecia. Finalmente se apartó de la ventana, se aseó, le dio a la doncella algunas órdenes relacionadas con su instalación, y se fue al ascensor, donde un suizo, de uniforme verde, lo llevó al piso inferior. ●

Se reproduce por gentileza de Andrés Bello.



barco a la más inverosímil de las ciudades.

Paró la maquinaria, comenzaron a aproximarse las góndolas; se descolgó la escalerilla y subieron a bordo los empleados de la Aduana a desempeñar su cometido; los pasajeros podían desembarcar. Aschenbach dio a entender que deseaba una góndola para trasladarse junto con su equipaje a la estación de los vaporcitos que circulan entre la ciudad y el Lido, pues pensaba tomar una habitación a orillas del mar. Poco después, su deseo se difundió a gritos por la superficie de la laguna, donde los gondoleros reñían con otros en su dialecto. No podía descender todavía porque estaban bajando su baúl con gran trabajo. Por eso durante unos minutos se vio expuesto, sin escape posible, a la solicitud del repugnante viejo, a quien la borrachera impulsaba a rendir al extranjero los honores de la despedida. "Le deseamos una agradable temporada", tartamudeaba entre tumbos. "Tendremos muy presente su recuerdo. *Au revoir, excusez y bonjour*, Excelencia." La boca se le llenó de agua, guiñó los ojos y sacó la lengua con gesto equívoco. "Nuestros respetos –continuó en la misma forma–, nuestros respetos al pasajero simpático..." De pronto se le fue la dentadura postiza. Aschenbach logró al fin escabullirse... "Al hombre simpático", oía decir a sus espaldas, mientras descendía por la escalera, asido a la cuerda.

¿Quién no experimenta cierto estremecimiento, quién no tiene que luchar contra una secreta opresión al entrar por primera vez, o tras larga ausencia, en una góndola veneciana? La extraña embarcación, que ha llegado hasta nosotros invariable desde una época de romanticismo y de poema, negra, con una negrura que sólo poseen los ataúdes, evoca aventuras silenciosas y arriesgadas, la noche sombría, el ataúd y el último viaje silencioso. ¿Y se ha notado que el amplio sillón barnizado de negro es el más blando, más cómodo, más agradable del mundo? Aschenbach se dio cuentade ello cuando se sentó a los pies del gondolero, junto a su equipaje reunido. Los remeros seguían riñiendo rudamente en su dialecto incomprensible, y con gestos amenazadores. Pero el silencio peculiar de la ciudad parecía absorber blandamente sus voces, apaciguándolas y deshaciéndolas en el agua. En el puerto hacía calor. Recibiendo el soplo tibio del siroco, recostado sobre los blandos almohadones, el viajero cerró los ojos para gozar de una languidez tan dulce como desacostumbrada que empezaba a dominarlo. "La travesía será corta –pensaba–. ¡Ojalá durase siempre!" Lentamente, con suave balanceo, iba sustrayéndose al ruido, a la algarabía de las voces.

El silencio se hacía más profundo a medida que avanzaba. No se oían sino el chasquido de los remos en el agua, el ruido sordo de las olas contra la embarcación, que se alzaba negra y alta como una nave guerrera, y la voz del gondolero, que murmuraba sordamente con sonidos acentuados por el movimiento rítmico del cuerpo. Aschenbach alzó la vista, y con ligera extrañeza advirtió que la laguna se ampliaba y que la embarcación tomaba rumbo hacia alta mar. Al parecer, no podía entregarse plenamente al descanso, sino que tenía que velar por la ejecución de su voluntad.

–Al embarcadero de vapores –dijo, volviéndose a medias.

El murmullo del marinero cesó; pero no hubo contestación alguna.

–¡Digo que al embarcadero de vapores! –repitió, volviéndose del todo y llevando la vista al rostro del gondolero, que, erguido detrás de él, destacaba su silueta sobre el fondo gris del cielo.

Era un hombre de fisonomía desagradable y hasta brutal, con traje azul de marinero, faja amarilla a la cintura y sombrero de paja deformada, cuyo tejido comenzaba a deshacerse, graciosamente ladeado. Sus facciones, su bigote rubio, retorcido, bajo la nariz corta y respingona, hacían que no pareciese italiano. Aunque de tan escasa corpulencia que no se le hubiera creído apto para su oficio, manejaba con gran vigor los remos, poniendo todo el cuerpo en cada golpe. Por dos veces el esfuerzo hizo que se contrajesen sus labios, descubriendo los blancos dientes. Con las rojizas cejas fruncidas, miró por encima del pasajero, mientras le replicaba en forma decidida y hasta brutal:

–¡Pero usted va al Lido!

Aschenbach replicó:

–Sí. Pero sólo he tomado la góndola para que me llevase hasta San Marcos. Quiero utilizar el barquito.

–No puede usted utilizar el barquito, caballero.

–¿Por que no?

–Porque no se admiten equipajes.

Eso era exacto. Lo recordaba ya Aschenbach, pero calló un momento. Las maneras rudas y groseras del hombre le parecieron insoportables. Por eso replicó:

–Esa es cuestión mía. Dejaré mi equipaje en custodia; regrese.

Hubo un silencio. Según el chasquido de los remos y el ruido sordo del agua que azotaba la embarcación. El gondolero comenzó a hablar consigo mismo.

¿Qué haría? A solas en el agua con aquel hombre tan poco tratable y tan rudamente decidido, no encontraba medio alguno para imponer su voluntad. Además, ¿para qué irritarse en vez de seguir indolentemente recostado en la blandura de los almohadones? ¿No había deseado que la travesía durara largo tiempo, que no acabara nunca? Lo más importante, sobre todo, lo más agradablemente delicioso, era dejar que las cosas siguieran su curso. De su asiento, de su sillón, forrado de negro, parecía desprenderse un vaho de indolencia irresistible, y era una delicia inefable sentirse así suavemente arrullado por los remos del terco gondolero que tenía a sus espaldas. La idea de haber caído en manos de un criminal cruzó vagamente por la imaginación de Aschenbach, sin que sus pensamientos se inquietasen en gesto defensivo. Más desagradable le parecía la posibilidad de ser víctima de una estafa vulgar, de que todo aquello sólo se encaminase a sacarle más dinero. Una especie de sentimiento del deber, o de orgullo, un deseo de prevenirse, lograron hacerle saltar.

–¿Cuánto cobra usted por el viaje?

El gondolero, mirando hacia lo alto, respondió:

–Tendrá usted que pagar lo que cuesta.

El deseo de estafarle era evidente. Aschenbach dijo de un modo maquinal:

–No pagaré nada, absolutamente nada, si no me lleva al sitio que le indiqué.

–Usted quiere ir al Lido.

–Pero no con usted.

–No tiene nada de qué quejarse.

"Es cierto –pensó Aschenbach, y se calmó–. Me llevas bien. Aunque hayas pensado sólo en mi dinero y aunque me des con un remo en la cabeza, me habrás llevado bien."

Pero no aconteció nada de eso. Tuvieron incluso compañía: un bote con músicos ambulantes, hombres y mujeres que cantaban acompañados de guitarras y mandolinas y que iban al lado de la góndola, rompiendo el silencio que reinaba en la superficie del agua con canciones de una poesía para uso de turistas que les producía buenas ganancias. Aschenbach arrojó unas monedas en el sombrero que le presentaba, hecho lo cual los cantores callaron y desaparecieron. Volvió a oírse el murmullo del gondolero, que hablaba, con frases sordas y entrecortadas, consigo mismo.

Llegaron, al fin, en el instante en que salía un vapor con rumbo a la ciudad. Dos guardias municipales paseaban por la orilla, con las manos a la espalda y el rostro vuelto hacia la laguna. Aschenbach saltó de la góndola apoyándose en aquel viejo que se encuentra, en todos los embarcaderos de Venecia, con su gancho. Luego, al ver que no tenía monedas pequeñas, fue a cambiar a un hotel próximo a fin de arreglar su cuenta con el gondolero. Le cambiaron en la caja, volvió, encontró su equipaje en el muelle, sobre un carrito; pero góndola y gondolero habían desaparecido.

–Tuvo que marcharse –dijo el viejo del gancho–. Es un mal hombre, un hombre sin licencia, señor. Es el único gondolero que no tiene licencia. Los otros telefonearon aquí. El vio que le estaban aguardando, y ha tenido que irse.

Aschenbach se encogió de hombros.

–El señor ha hecho el viaje gratis –dijo el viejo tendiéndole el sombrero.

Aschenbach le echó unas monedas, luego le dio orden de que condujera su equipaje al Hotel Bader y siguió al carrito a lo largo de la brillante avenida de cafés, bazares, flores, hoteles, que atraviesa la isla en diagonal hasta la playa.

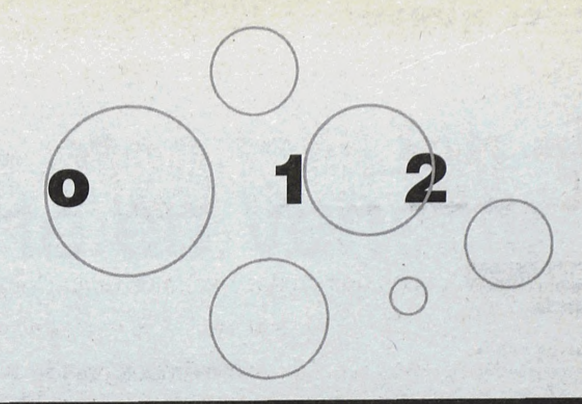
Entró en el espacioso hotel por la parte de atrás, atravesando la terraza del jardín, y llegó a las oficinas por el pasadizo del vestíbulo. Como había anunciado su llegada, le recibieron con gran amabilidad. Un *maître*, hombre pequeñito que se deslizaba silenciosamente con finura servil, de bigote negro y levita de corte francés, lo acompañó en el ascensor hasta el segundo piso y le mostró su cuarto: una habitación agradable, con el mobiliario de madera de cerezo, con un ramo de flores olorosas sobre una mesilla, y desde cuyas altas ventanas se podía disfrutar de la visión del mar abierto. Cuando se retiró el empleado, Aschenbach se asomó a una de las ventanas, y mientras le llevaban el equipaje y lo acomodaban en la habitación, se puso a contemplar la playa, que a aquella hora estaba casi desierta, y el mar sin sol. Había pleamar. Las olas, bajas y lentas, morían en la orilla con acompasado movimiento.

Los sentimientos y observaciones del hombre solitario son al mismo tiempo más confusos y más intensos que los de la gente sociable; sus pensamientos son más graves, más extraños y siempre tienen un matiz de tristeza. Imágenes y sensaciones que se esfumarían fácilmente con una mirada, con una risa, un cambio de opiniones, se aferran fuertemente en el ánimo del solitario, se ahondan en el silencio y se convierten en acontecimientos, aventuras, sentimientos importantes. La soledad engendra lo original, lo atrevido, y lo extraordinariamente bello, la poesía. Pero engendra también lo desagradable, lo inoportuno, absurdo e inadecuado.

De esta manera, el ánimo del viajero se sentía todavía inquieto con las impresiones de la travesía, el repulsivo viejo verde con sus gestos equívocos, el gondolero brutal que se había quedado sin su dinero. Todos estos hechos, sin ofrecer dificultades al entendimiento ni constituir materia de cavilación, le parecían de naturaleza extraña. Las contradicciones que tales hechos envolvían lo intranquilizaron. Sin embargo, saludó al mar con los ojos, y su corazón se llenó de alegría al contemplarse tan cerca de Venecia. Finalmente se apartó de la ventana, se aseó, le dio a la doncella algunas órdenes relacionadas con su instalación, y se fue al ascensor, donde un suizo, de uniforme verde, lo llevó al piso inferior. ●

Se reproduce por gentileza de Andrés Bello.

JUEGOS

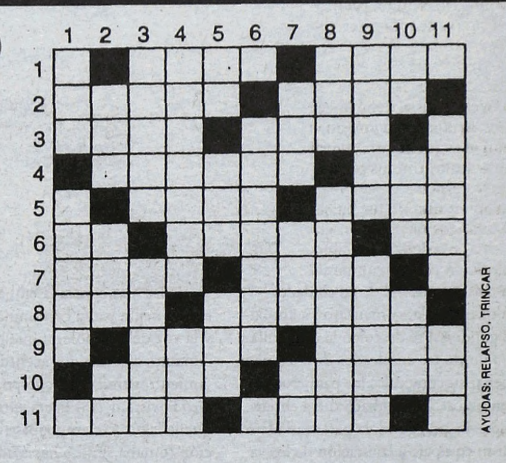


CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

- INTENCION. PROPOSITO
- (... MARIA VOLONTE) ACTOR
- DESCONFIANZA
- ONDAS MARINAS
- UTILIZADO
- ESTABLECIMIENTO DONDE SE RECIBE A LOS DESAMPARADOS
- GIGANTE DE CUENTOS
- JUNTES
- BARRAS MOTRICES
- CORTANTE DE BUEN FILO
- NATURAL REGULAR
- CABALLO DE POCA ALZADA
- SIMILAR
- DECIMOCUARTA LETRA EN PLURAL
- EXPRÉSALO
- SUR
- MATIZ, TONALIDAD
- MAMIFEROS PLANTIGRADOS
- NO PUBLICADA
- HARA FERMENTAR LA MASA DEL PAN
- AMENAZAR CON HACER DAÑO
- CORRESPONDER UN SONIDO CON OTRO
- SEPARA, APARTA
- (... SMITH) ECONOMISTA INGLES
- (PAPÁ) SANTA CLAUS
- COMENTARIO LLAMADA
- NOVENA
- ACEPTAR LA HERENCIA
- ATREVEOS
- SORPRENDIDO, MARAVILLADO
- SUFIJO: ANGULO
- DISTRAÍDAS
- AMARRAN
- HISTORIETA DE PERIÓDICOS
- ESTRAMBÓTICA
- LABRAD CON ARADO

CLASICO



HORIZONTALES

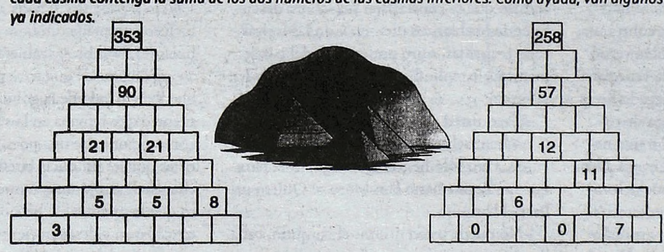
1. Que no cree en Dios (fem.)./ Escasa.
2. Interés excesivo por el dinero prestado./ Quebrado.
3. Ciudad de Italia./ Ladrón.
4. Uno o una para cada cual (fem.)./ Norte.
5. Esposo de Jezabel./ Batracio anuro.
6. Molibdeno./ Querré apasionadamente./ Símbolo del osmio.
7. Ijada./ Tonta.
8. Impar./ Relativo al íleon.
9. Prolongación móvil de la mano./ (Marco) Navegante.
10. Fondeadero./ Permaneces en un lugar.
11. Papagayo./ Partido Socialista Obrero Español.

VERTICALES

1. Anglicismo por bar./ Cuerpo derivado del amoníaco.
2. Scandinavian Airlines System./ Organo de la visión./ Voz que, repetida, se usa para arrullar.
3. De oro (fem.)./ Ir caminando de un lugar a otro.
4. Partir, romper./ Sufijo: colectivo.
5. Interjección para estimular./ Abreviatura de decámetro./ En esgrima, embestida.
6. Equino, animal doméstico.
7. Igualdad de nivel en la superficie de las cosas./ Sonreí./ Existe.
8. Ave de las leyendas orientales./ Hereje.
9. Sin ley de tonalidad (fem.)./ Ponga cotas.
10. Artículo neutro./ (Yoko) Viuda de Lennon./ Onda marina.
11. Locución, dicho breve./ Plantígrado.

PIRAMIDES NUMERICAS

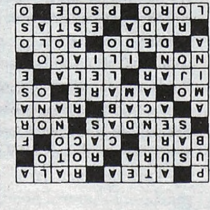
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como ayuda, van algunos ya indicados.



SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

CLASICO



PIRAMIDES NUMERICAS

